



Jack London

Koolau el
Leproso



E LEJANDRIA



Jack London

Koolau el
Leproso

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

KOOLAU EL LEPROSO

JACK LONDON

PUBLICADO: 1909

FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: THE HOUSE OF PRIDE

KOOLAU EL LEPROSO

«Porque estamos enfermos nos arrebatan la libertad. Hemos obedecido la ley. No hemos cometido ningún mal. Y sin embargo quieren encarcelarnos. Molokai es una prisión. Eso lo sabéis. Niuli, ahí presente, su hermana fue enviada a Molokai hace siete años. Desde entonces no la ha visto. Ni volverá a verla jamás. Ella ha de quedarse allí hasta morir. Esta no es su voluntad. No es la voluntad de Niuli. Es la voluntad de los hombres blancos que gobiernan estas tierras. ¿Y quiénes son esos hombres blancos?»

»Lo sabemos. Nos lo han contado nuestros padres y los padres de nuestros padres. Llegaron como corderos, hablando en voz baja. Bien podían hablar en voz baja, pues éramos muchos y fuertes, y todas las islas eran nuestras. Como digo, hablaban en voz baja. Eran de dos clases. Los unos nos pedían permiso, nuestro gracioso permiso, para predicarnos la palabra de Dios. Los otros nos pedían permiso, nuestro gracioso permiso, para comerciar con nosotros. Ese fue el principio. Hoy todas las islas son suyas, todas las tierras, todo el ganado... todo es suyo. Los que predicaron la palabra de Dios y los que predicaron la palabra del Ron se han concertado y se han vuelto grandes jefes. Viven como reyes en casas de muchas habitaciones, con multitudes de sirvientes que los cuidan. Los que no tenían nada tienen hoy todo, y si vosotros, o yo, o cualquier kanaka pasa hambre, se ríen y dicen: "¿Pues por qué no trabajáis? Ahí están las plantaciones."»

Koolau hizo una pausa. Levantó una mano y con los dedos nudosos y retorcidos se alzó la ardiente corona de hibisco que le ceñía el pelo negro. La luz de la luna bañaba la escena en plata. Era una noche de paz, aunque los que estaban sentados a su alrededor y lo escuchaban tenían todo el aspecto de víctimas de una batalla. Sus rostros eran leoninos. Aquí se abría un hueco en una cara donde debería haber habido una nariz, y allá un muñón de brazo mostraba dónde había podrido una mano. Eran hombres y mujeres fuera de toda ley, los treinta, pues sobre ellos había sido puesta la marca de la bestia.

Estaban sentados, adornados de guirnaldas de flores, en la noche perfumada y luminosa, y sus labios producían sonidos extraños y sus gargantas ronroneaban de aprobación ante el discurso de Koolau. Eran criaturas que en otro tiempo habían sido hombres y mujeres. Pero ya no eran hombres ni mujeres. Eran monstruos: caricaturas grotescas de todo lo humano en rostro y figura. Estaban horriblemente mutilados y desfigurados, y tenían el aspecto de criaturas que hubieran sido torturadas en milenios de infierno. Sus manos, cuando las tenían, eran como garras de arpía. Sus rostros eran chapuzas y errores, aplastados y magullados por algún dios enloquecido que jugara con la maquinaria de la vida. Aquí y allá había rasgos que el dios enloquecido había borrado a medias, y una mujer lloraba lágrimas abrasadoras desde dos fosas de horror donde antes habían estado sus ojos. Algunos sufrían y gemían desde el pecho. Otros tosían, produciendo sonidos como de tejido que se desgarraba. Dos eran idiotas, más parecidos a grandes simios malogrados en el hacerse, hasta el punto de que incluso un simio habría sido un ángel. Hacían muecas y balbuceaban bajo la luz de la luna, bajo coronas de flores doradas y lacias. Uno, cuyo lóbulo de oreja hinchado le caía como un abanico sobre el hombro, cogió una hermosa flor anaranjada y escarlata y adornó con ella la oreja monstruosa que le golpeteaba con cada movimiento.

Y sobre todas estas criaturas, Koolau era rey. Y este era su reino: una garganta ahogada de flores, con acantilados y peñascos escarpados desde los que llegaban los balidos de cabras salvajes.

Por tres lados se alzaban las paredes sombrías, engalanadas con fantásticos cortinajes de vegetación tropical y horadadas por entradas a cuevas: las guaridas rocosas de los súbditos de Koolau. Por el cuarto lado la tierra caía en un abismo formidable, y muy abajo podían verse las cimas de picos y peñascos menores, a cuya base rugía y retumbaba el oleaje del Pacífico. Con buen tiempo podía desembarcar una embarcación en la playa rocosa que marcaba la entrada del valle de Kalalau, pero el tiempo tenía que ser muy bueno. Y un alpinista de cabeza fría podría escalar desde la playa hasta el fondo del valle de Kalalau, hasta ese rincón entre los picos donde gobernaba Koolau; pero ese alpinista tenía que tener la cabeza muy fría, y además conocer los senderos de las cabras salvajes. Lo maravilloso era que aquella masa de escombros humanos que constituía el pueblo de Koolau hubiera podido arrastrar su miseria desamparada por los vertiginosos senderos de cabras hasta ese paraje inaccesible.

—Hermanos —comenzó Koolau.

Pero uno de los remedos simianos que hacían muecas lanzó un alarido salvaje de locura, y Koolau esperó mientras el agudo griterío era arrojado de un lado a otro entre las paredes rocosas y se perdía en ecos por la noche sin pulso.

—Hermanos, ¿no es extraño? La tierra era nuestra, y he aquí que la tierra ya no es nuestra. ¿Qué nos dieron estos predicadores de la palabra de Dios y de la palabra del Ron a cambio de la tierra? ¿Ha recibido alguno de vosotros un dólar, siquiera un dólar, por la tierra? Sin embargo es suya, y a cambio nos dicen que podemos ir a trabajar en la tierra, su tierra, y que lo que produzcamos con nuestro esfuerzo será de ellos. Antes, en los tiempos antiguos, no teníamos que trabajar. Y además, cuando caemos enfermos, nos arrebatan la libertad.

—¿Quién trajo la enfermedad, Koolau? —preguntó Kiloliana, un hombre enjuto y nervudo con un rostro tan parecido al de un fauno risueño que uno esperaría ver pezuñas hendidas bajo él. Las tenía hendidas, en efecto, pero las hendiduras eran grandes úlceras y

putrefacciones lívidas. Pero ese era Kiloliana, el escalador más audaz de todos, el hombre que conocía cada sendero de cabras y que había guiado a Koolau y a sus míseros seguidores hasta lo más recóndito de Kalalau.

—Bien preguntado —respondió Koolau—. Porque no queríamos trabajar las millas de cañaverales donde antes pastaban nuestros caballos, trajeron esclavos chinos de ultramar. Y con ellos vino la enfermedad china: la que nosotros padecemos y por la que quieren encerrarnos en Molokai. Nacimos en Kauai. Hemos estado en las otras islas, unos aquí y otros allá, en Oahu, en Maui, en Hawái, en Honolulu. Pero siempre volvíamos a Kauai. ¿Por qué volvíamos? Ha de haber una razón. Porque amamos Kauai. Aquí nacimos. Aquí hemos vivido. Y aquí moriremos... a menos... a menos que haya corazones débiles entre nosotros. A esos no los queremos. Son aptos para Molokai. Y si los hay, que no se queden. Mañana los soldados desembarcan en la playa. Que los corazones débiles bajen hasta ellos. Serán enviados rápidamente a Molokai. En cuanto a nosotros, nos quedamos y luchamos. Pero sabed que no moriremos. Tenemos rifles. Conocéis los senderos estrechos donde los hombres deben avanzar uno a uno arrastrándose. Yo solo, Koolau, que fui vaquero en Niihau, puedo defender el sendero contra mil hombres. Aquí está Kapalei, que fue en otro tiempo juez de hombres y un hombre con honor, pero que ahora es una rata acorralada, como vosotros y como yo. Escuchadlo. Es sabio.

Kapalei se puso en pie. En otro tiempo había sido juez. Había estudiado en el colegio de Punahou. Había compartido la mesa con señores y jefes y los altos representantes de potencias extranjeras que protegían los intereses de los comerciantes y los misioneros. Tal había sido Kapalei. Pero ahora, como había dicho Koolau, era una rata acorralada, una criatura fuera de la ley, hundida tan profundamente en el fango del horror humano que estaba por encima de la ley tanto como por debajo de ella. Su cara era informe, salvo por las cavidades abiertas y los ojos sin párpados que ardían bajo unas cejas sin pelo.

—No busquemos el conflicto —comenzó—. Pedimos que nos dejen en paz. Pero si no nos dejan en paz, suyos serán el conflicto y el castigo. Mis dedos se han ido, como veis.

Levantó los muñones de las manos para que todos pudieran verlos.

—Sin embargo me queda la coyuntura de un pulgar, y puede apretar un gatillo con la misma firmeza que su vecino perdido en los viejos tiempos. Amamos Kauai. Vivamos aquí o muramos aquí, pero no nos lleven a la prisión de Molokai. La enfermedad no es nuestra culpa. No hemos pecado. Los hombres que predicaron la palabra de Dios y la palabra del Ron trajeron la enfermedad con los esclavos coolíes que trabajan las tierras robadas. He sido juez. Conozco la ley y la justicia, y os digo que es injusto robarle la tierra a un hombre, enfermarle con la enfermedad china, y luego encarcelarle de por vida.

—La vida es corta, y los días están llenos de dolor —dijo Koolau—. Bebamos y bailemos y seamos tan felices como podamos.

De una de las guaridas rocosas sacaron calabazas que fueron pasando de mano en mano. Las calabazas estaban llenas con la ardiente destilación de la raíz de la planta ti; y a medida que el fuego líquido les corría por dentro y se les subía al cerebro, olvidaron que en otro tiempo habían sido hombres y mujeres, pues eran hombres y mujeres de nuevo. La mujer que lloraba lágrimas abrasadoras por las cuencas vacías era, en verdad, una mujer palpitante de vida mientras pulsaba las cuerdas de un ukulele y alzaba la voz en una llamada de amor bárbara como las que podían brotar de las profundidades oscuras del mundo primeval. El aire vibró con su canto, suave, imperioso y seductor. Sobre una estera, marcando el ritmo con el canto de la mujer, bailaba Kiloliana. Era inconfundible. El amor danzaba en cada uno de sus movimientos, y luego, bailando con él sobre la estera, había una mujer cuyas anchas caderas y generoso pecho desmentían el rostro corroído por la enfermedad. Era un baile de los muertos vivientes, pues en sus cuerpos en desintegración la vida seguía amando y anhelando. Sin

cesar, la mujer de los ojos ciegos que lloraban lágrimas abrasadoras entonaba su canción de amor; sin cesar, los danzantes del amor bailaban en la noche cálida; sin cesar las calabazas circulaban hasta que en todos los cerebros se agitaban gusanos de recuerdo y deseo. Y con la mujer de la estera bailaba una joven esbelta cuyo rostro era hermoso y estaba intacto, pero cuyos brazos retorcidos que subían y bajaban marcaban el estrago de la enfermedad. Y los dos idiotas, balbuceando y murmurando sonidos extraños, bailaban aparte, grotescos, fantásticos, parodiando el amor tal como ellos mismos habían sido parodiados por la vida.

Pero el canto de amor de la mujer se cortó a mitad, las calabazas bajaron y los danzantes se detuvieron, pues todos miraban hacia el abismo sobre el mar, donde un cohete destelló como un fantasma pálido por el aire iluminado de luna.

—Son los soldados —dijo Koolau—. Mañana habrá combate. Conviene dormir y estar preparados.

Los leprosos obedecieron y se arrastraron hasta sus guaridas en el acantilado; hasta que solo quedó Koolau, sentado e inmóvil bajo la luz de la luna, el rifle sobre las rodillas, con la mirada fija en las embarcaciones que desembarcaban en la playa muy abajo.

El fondo del valle de Kalalau había sido bien elegido como refugio. Salvo Kiloliana, que conocía los senderos traseros por las paredes precipitosas, ningún hombre podía ganar la garganta sino avanzando por una cresta cortada a cuchillo. Este paso tenía cien metros de longitud. En su punto más ancho, apenas treinta centímetros. A uno y otro lado se abría el abismo. Un tropiezo y el hombre caería a la muerte por la derecha o por la izquierda. Pero una vez al otro lado se encontraría en un paraíso terrenal. Un mar de vegetación lamía el paisaje, volcando sus olas verdes de pared a pared, goteando desde los bordes del acantilado en grandes masas de enredaderas, y lanzando una lluvia de helechos y plantas aéreas en las innumerables grietas. Durante los muchos meses del reinado de Koolau, él y sus seguidores habían luchado con ese mar vegetal. La jungla asfixiante, con su derroche de flores, había sido rechazada

desde los plátanos, las naranjas y los mangos que crecían silvestres. En pequeños claros crecía el arruruz silvestre; en terrazas de piedra rellenas con tierra raspada estaban los bancales de taro y los melones; y en cada espacio abierto donde el sol penetraba había papayos cargados de su fruto dorado.

Koolau había sido empujado hasta ese refugio desde el bajo valle junto a la playa. Y si lo expulsaban de allí a su vez, conocía gargantas entre los amontonados picos de los recodos interiores adonde podría llevar a sus súbditos a vivir. Y ahora yacía con el rifle a su lado, espiando a través de una enredada pantalla de follaje a los soldados en la playa. Reparó en que llevaban consigo grandes cañones, desde los que el sol destellaba como en espejos. El paso de la cresta en filo de cuchillo se extendía directamente ante él. Reptando hacia arriba por el sendero que llevaba a él podía ver pequeñas manchas de hombres. Sabía que no eran los soldados, sino la policía. Cuando fracasaran, entonces los soldados entrarían en juego.

Le pasó con afecto una mano retorcida por el cañón del rifle y se aseguró de que las miras estaban limpias. Había aprendido a disparar como cazador de ganado salvaje en Niihau, y en aquella isla su habilidad como tirador no había sido olvidada. A medida que las manchas de hombres que avanzaban trabajosamente se acercaban y crecían, calculó la distancia, juzgó la desviación del viento que soplaba en ángulo recto a la línea de fuego, y estimó las posibilidades de sobrestimar la puntería en blancos que estaban tan por debajo de su nivel. Pero no disparó. No dio a conocer su presencia hasta que llegaron al comienzo del paso. No se descubrió, sino que habló desde la espesura.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Queremos a Koolau, el leproso —respondió el hombre que encabezaba la policía nativa, él mismo un americano de ojos azules.

—Tenéis que dar media vuelta —dijo Koolau.

Conocía al hombre, un ayudante del sheriff, pues era él quien lo había acosado fuera de Niihau, a través de Kauai, hasta el valle de Kalalau, y desde el valle hasta la garganta.

—¿Quién eres? —preguntó el sheriff.

—Soy Koolau, el leproso —fue la respuesta.

—Entonces sal. Te buscamos. Vivo o muerto, hay mil dólares por tu cabeza. No puedes escapar.

Koolau soltó una carcajada desde la espesura.

—¡Sal! —ordenó el sheriff, y fue respondido por el silencio.

Conferenció con la policía, y Koolau vio que se preparaban para lanzarse sobre él.

—Koolau —llamó el sheriff—. Koolau, voy a cruzar para capturarte.

—Entonces mira primero, y bien, el sol y el mar y el cielo a tu alrededor, pues será la última vez que los contemples.

—Está bien, Koolau —dijo el sheriff con tono tranquilizador—. Sé que eres un tirador certero. Pero no me dispararás. Yo nunca te he hecho ningún mal.

Koolau gruñó en la espesura.

—Digo que nunca te he hecho ningún mal, ¿verdad? —insistió el sheriff.

—Me haces mal cuando intentas encarcelarme —fue la respuesta—. Y me haces mal cuando vas a por los mil dólares de mi cabeza. Si quieres vivir, quédate donde estás.

—Tengo que cruzar y capturarte. Lo lamento. Pero es mi deber.

—Morirás antes de llegar al otro lado.

El sheriff no era un cobarde. Sin embargo, vacilaba. Miró el abismo a uno y otro lado y recorrió con los ojos el filo de cuchillo que tendría que cruzar. Luego tomó una decisión.

—Koolau —llamó.

Pero la espesura siguió en silencio.

—Koolau, no dispaes. Voy a cruzar.

El sheriff se volvió, dio algunas órdenes a la policía, luego se puso en marcha por el peligroso camino. Avanzó despacio. Era como caminar sobre una cuerda floja. No tenía nada en que apoyarse salvo el aire. La roca de lava se desmoronaba bajo sus pies, y a uno y otro lado los fragmentos desprendidos caían por los abismos. El sol lo abrasaba, y la cara le chorreaba de sudor. Siguió avanzando hasta que alcanzó el punto medio.

—¡Alto! —ordenó Koolau desde la espesura—. Un paso más y disparo.

El sheriff se detuvo, balanceándose para mantener el equilibrio mientras se mantenía en equilibrio sobre el vacío. Tenía la cara pálida, pero los ojos decididos. Se lamió los labios resecaos antes de hablar.

—Koolau, no me dispararás. Sé que no lo harás.

Volvió a ponerse en marcha. La bala lo hizo girar a medias. En su rostro había una expresión de sorpresa quejumbrosa mientras se tambaleaba hacia la caída. Intentó salvarse lanzando el cuerpo sobre el filo de cuchillo; pero en ese momento conoció la muerte. Al momento siguiente el filo estaba vacío. Luego vino la embestida: cinco policías, en fila india, con asombrosa serenidad, corriendo por el filo. Al mismo tiempo, el resto de la partida abrió fuego sobre la espesura. Era una locura. Cinco veces apretó Koolau el gatillo, con tanta rapidez que sus disparos formaron una ráfaga. Cambiando de posición y agachándose bajo las balas que silbaban y cantaban entre los arbustos, se asomó a mirar. Cuatro policías habían seguido al sheriff. El quinto yacía sobre el filo aún con vida. Al otro lado, sin disparar ya, estaban los policías supervivientes. Sobre la roca desnuda no había esperanza para ellos. Antes de que pudieran descender, Koolau habría podido ir abatiéndolos uno a uno. Pero no disparó, y tras una conferencia, uno de ellos se quitó una camiseta interior blanca y la agitó a modo de bandera. Seguido por otro,

avanzó por el filo hasta su compañero herido. Koolau no dio ninguna señal, sino que los vio retirarse despacio y convertirse en manchas al descender hacia el bajo valle.

Dos horas después, desde otra espesura, Koolau observaba un grupo de policías que intentaba el ascenso por el lado opuesto del valle. Vio huir a las cabras salvajes ante ellos a medida que trepaban más y más alto, hasta que dudó de su propio criterio y mandó llamar a Kiloliana, que se arrastró hasta quedar a su lado.

—No, no hay camino —dijo Kiloliana.

—¿Las cabras? —preguntó Koolau.

—Vienen del valle vecino, pero no pueden pasar a este. No hay camino. Esos hombres no son más listos que las cabras. Puede que caigan a la muerte. Observemos.

—Son hombres valientes —dijo Koolau—. Observemos.

Uno junto al otro yacían entre las correhúelas, con los amarillos capullos del hau cayéndoles encima, viendo a las motas de hombres trepar hacia arriba, hasta que ocurrió, y tres de ellos, resbalando, rodando, deslizándose, se precipitaron por el borde de un acantilado y cayeron en vertical ciento cincuenta metros.

Kiloliana soltó una risita.

—No nos molestarán más —dijo.

—Tienen cañones de guerra —respondió Koolau—. Los soldados aún no han hablado.

En la soñolienta tarde, la mayoría de los leprosos dormía en sus guaridas de roca. Koolau, con el rifle sobre las rodillas, recién limpiado y listo, cabeceaba en la entrada de su propia guarida. La joven de los brazos retorcidos yacía abajo en la espesura y vigilaba el paso del filo. De repente Koolau se despertó sobresaltado por el sonido de una explosión en la playa. Al instante siguiente la atmósfera se rasgó de manera increíble. El terrible sonido lo aterró. Era como si todos los dioses hubieran cogido el envoltorio del cielo

con las manos y lo estuvieran desgarrando como una mujer desgarra una hoja de tela de algodón. Pero era un desgarramiento tan inmenso, que se acercaba rápidamente. Koolau levantó la vista con aprensión, como si esperara ver la cosa. Entonces, muy arriba en el acantilado, el proyectil estalló en una fuente de humo negro. La roca se hizo añicos, y los fragmentos cayeron al pie del acantilado.

Koolau se pasó la mano por la frente empapada de sudor. Estaba terriblemente sacudido. No tenía experiencia con el fuego de artillería, y aquello era más espantoso que nada de lo que había imaginado.

—Uno —dijo Kapahei, acordándose de pronto de llevar la cuenta.

Un segundo y un tercer proyectil pasaron silbando sobre lo alto de la pared, estallando fuera de la vista. Kapahei llevaba la cuenta con método. Los leprosos se agolparon en el espacio abierto ante las cuevas. Al principio estaban asustados, pero a medida que los proyectiles continuaban su vuelo sobre sus cabezas, la gente leprosa se fue tranquilizando y empezó a admirar el espectáculo.

Los dos idiotas lanzaban gritos de alegría y hacían cabriolas salvajes cada vez que pasaba un proyectil atormentando el aire. Koolau empezó a recobrar la confianza. No se estaba causando ningún daño. Era evidente que no podían apuntar proyectiles tan grandes a tan larga distancia con la precisión de un rifle.

Pero la situación cambió. Los proyectiles empezaron a caer cortos. Uno estalló abajo en la espesura junto al filo de cuchillo. Koolau se acordó de la joven que yacía allí de guardia y corrió a ver. El humo aún se levantaba de los arbustos cuando se arrastró hasta entrar. Quedó estupefacto. Las ramas estaban astilladas y rotas. Donde la muchacha había estado yaciendo había un agujero en el suelo. La muchacha misma estaba hecha fragmentos. El proyectil había estallado justo sobre ella.

Asomándose primero para asegurarse de que ningún soldado intentaba cruzar el paso, Koolau echó a correr de vuelta hacia las cuevas. Todo el tiempo los proyectiles gemían, silbaban y rugían, y el

valle retumbaba y reverberaba con las explosiones. Cuando divisó las cuevas, vio a los dos idiotas haciendo piruetas, tomándose de las manos con sus muñones de dedos. Mientras corría, Koolau vio brotar un chorro de humo negro del suelo, cerca de los idiotas. La explosión los lanzó por los aires en direcciones opuestas. Uno quedó inmóvil, pero el otro se arrastraba con las manos hacia la cueva. Las piernas le colgaban inútiles detrás, mientras la sangre manaba de su cuerpo. Parecía bañado en sangre, y mientras se arrastraba lloraba como un perrito. El resto de los leprosos, excepto Kapahei, había huido al interior de las cuevas.

—Diecisiete —dijo Kapahei—. Dieciocho —añadió.

Este último proyectil había entrado de lleno en una de las cuevas. La explosión hizo vaciarse las cuevas. Pero de esa cueva en particular no salió nadie. Koolau se arrastró hacia dentro a través del humo acre y picante. Cuatro cuerpos horriblemente mutilados yacían alrededor. Uno era la mujer ciega cuyas lágrimas hasta entonces nunca habían cesado.

Fuera, Koolau encontró a su gente presa del pánico y ya comenzando a trepar por el sendero de las cabras que salía de la garganta y seguía entre las alturas y simas enmarañadas. El idiota herido, gimiendo débilmente y arrastrándose por el suelo con las manos, intentaba seguirlos. Pero al primer tramo de pared su desamparo lo venció y cayó de espaldas.

—Mejor sería matarlo —dijo Koolau a Kapahei, que seguía sentado en el mismo lugar.

—Veintidós —respondió Kapahei—. Sí, sería sensato matarlo. Veintitrés... veinticuatro.

El idiota gimió de manera aguda cuando vio el rifle apuntado hacia él. Koolau vaciló, luego bajó el arma.

—Es una cosa difícil de hacer —dijo.

—Eres un necio, veintiséis, veintisiete —dijo Kapahei—. Déjame a mí.

Se puso en pie y, con un pesado fragmento de roca en la mano, se acercó a la criatura herida. Cuando levantó el brazo para golpear, un proyectil estalló de lleno sobre él, librándole de la necesidad de hacerlo y al mismo tiempo poniendo fin a su cuenta.

Koolau estaba solo en la garganta. Vio a los últimos de su gente arrastrar sus cuerpos lisiados por el borde de la altura y desaparecer. Luego se volvió y bajó a la espesura donde había muerto la joven. El fuego de artillería seguía, pero él se quedó; pues muy abajo podía ver a los soldados trepando. Un proyectil estalló a seis metros. Aplastándose contra la tierra, oyó el silbido de los fragmentos sobre su cuerpo. Una lluvia de flores de hau cayó sobre él. Levantó la cabeza para escudriñar el sendero, y suspiró. Tenía mucho miedo. Las balas de rifle no le habrían preocupado, pero ese fuego de artillería era abominable. Cada vez que un proyectil pasaba silbando, se estremecía y se agachaba; pero cada vez volvía a levantar la cabeza para vigilar el sendero.

Por fin los proyectiles cesaron. Esto se debía, razonó, a que los soldados se estaban acercando. Avanzaban por el sendero en fila india, e intentó contarlos hasta que perdió la cuenta. En todo caso eran unos cien, todos venidos a por Koolau el leproso. Sintió un fugaz pinchazo de orgullo. Con cañones de guerra y rifles, policías y soldados, venían a por él, y él era solo un hombre, un miserable resto de hombre por añadidura. Ofrecían mil dólares por él, vivo o muerto. En toda su vida nunca había poseído tanto dinero. El pensamiento era amargo. Kapahei había tenido razón. Él, Koolau, no había cometido ningún mal. Porque los haoles querían mano de obra con que trabajar las tierras robadas, habían traído a los coolíes chinos, y con ellos había llegado la enfermedad. Y ahora, porque había contraído la enfermedad, valía mil dólares... pero no para sí mismo. Era su cuerpo inútil, podrido por la enfermedad o muerto por un proyectil, el que valía todo ese dinero.

Cuando los soldados llegaron al paso del filo de cuchillo, estuvo a punto de avisarles. Pero la mirada se le fue al cuerpo de la joven asesinada, y guardó silencio. Cuando seis se aventuraron en el filo,

abrió fuego. Y no cesó cuando el filo quedó vacío. Vacío el cargador, recargó, y lo vació de nuevo. Siguió disparando. Todos sus agravios ardían en su cabeza, y estaba en un frenesí de venganza. Por todo el sendero de las cabras los soldados disparaban, y aunque se tumbaban boca abajo e intentaban protegerse en las pequeñas irregularidades de la superficie, eran blancos expuestos para él. Las balas silbaban y se clavaban a su alrededor, y algún rebote ocasional cantaba con un sonido agudo por el aire. Una bala le abrió un surco en el cuero cabelludo, y una segunda le rozó el omóplato sin desgarrar la piel.

Era una masacre en la que un solo hombre hacía la matanza. Los soldados empezaron a retroceder, ayudando a sus heridos. Mientras los iba abatiendo, Koolau reparó en el olor a carne quemada. Miró alrededor en un primer momento, y luego descubrió que eran sus propias manos. El calor del rifle lo estaba haciendo. La lepra había destruido la mayor parte de los nervios de las manos. Aunque le ardía la carne y lo olía, no sentía nada.

Yacía en la espesura, sonriendo, hasta que recordó los cañones de guerra. Sin duda volverían a abrirse contra él, y esta vez contra la mismísima espesura desde la que había infligido el daño. Apenas había cambiado de posición a un rincón detrás de un pequeño resalte de la pared donde había observado que no caían proyectiles, cuando comenzó de nuevo el bombardeo. Contó los proyectiles. Sesenta más cayeron en la garganta antes de que los cañones de guerra callaran. El pequeño espacio quedó acribillado por las explosiones, hasta que pareció imposible que criatura alguna hubiera podido sobrevivir. Así lo creyeron los soldados, pues, bajo el sol abrasador de la tarde, subieron de nuevo por el sendero de las cabras. Y de nuevo el paso del filo fue disputado, y de nuevo retrocedieron hasta la playa.

Durante dos días más Koolau mantuvo el paso, aunque los soldados se contentaron con arrojar proyectiles a su refugio. Entonces Pahau, un muchacho leproso, llegó a lo alto de la pared en la parte trasera de la garganta y le gritó que Kiloliana, cazando

cabras para comer, había muerto en una caída, y que las mujeres estaban asustadas y no sabían qué hacer. Koolau hizo bajar al muchacho y lo dejó con un rifle de repuesto para que vigilara el paso. Koolau encontró a su gente desalentada. La mayoría estaba demasiado desamparada para buscar comida por sí misma en circunstancias tan adversas, y todos pasaban hambre. Eligió a dos mujeres y un hombre que no estaban demasiado avanzados en la enfermedad y los mandó de vuelta a la garganta a traer comida y esteras. Al resto los animó y consoló hasta que incluso los más débiles echaron una mano en la construcción de refugios rudimentarios para sí mismos.

Pero los que había enviado a por comida no regresaron, y se puso en camino hacia la garganta. Al salir al borde de la pared, media docena de rifles tronaron. Una bala le atravesó la parte carnosa del hombro, y la mejilla le fue cortada por una astilla de roca donde una segunda bala se rompió contra el acantilado. En el instante en que ocurrió esto, y en que saltó hacia atrás, vio que la garganta estaba llena de soldados. Su propia gente lo había traicionado. El fuego de artillería había sido demasiado terrible, y habían preferido la prisión de Molokai.

Koolau se echó hacia atrás y se quitó uno de sus pesados cinturones de cartuchos. Tendido entre las rocas, dejó que la cabeza y los hombros del primer soldado surgieran claramente a la vista antes de apretar el gatillo. Esto ocurrió dos veces, y luego, tras cierta demora, en lugar de una cabeza y unos hombros asomó por el borde de la pared una bandera blanca.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Te quiero a ti, si eres Koolau el leproso —llegó la respuesta.

Koolau se olvidó de dónde estaba, se olvidó de todo, mientras yacía y se maravillaba ante la extraña persistencia de esos haoles que impondrían su voluntad aunque cayera el cielo. Sí, impondrían su voluntad sobre todos los hombres y todas las cosas, aunque murieran en el empeño. No podía dejar de admirarlos también, a

causa de esa voluntad que había en ellos, más fuerte que la vida, y que doblaba todas las cosas a su mandato. Estaba convencido de la desesperanza de su lucha. No había manera de rebatir aquella voluntad terrible de los haoles. Aunque matara a mil, surgirían como las arenas del mar y vendrían sobre él, siempre más y más. Nunca sabían cuándo estaban vencidos. Era su defecto y su virtud. Era en lo que su propia gente fallaba. Podía ver ahora cómo el puñado de predicadores de Dios y predicadores del Ron había conquistado las tierras. Era porque...

—Bueno, ¿qué tienes que decir? ¿Vendrás conmigo?

Era la voz del hombre invisible bajo la bandera blanca. Ahí estaba, como cualquier haole, yendo directo hacia el fin que se había propuesto.

—Hablemos —dijo Koolau.

La cabeza y los hombros del hombre surgieron, luego todo el cuerpo. Era un joven de veinticinco años, de cara lampiña y ojos azules, esbelto y elegante en su uniforme de capitán. Avanzó hasta que lo detuvieron, luego se sentó a unos tres metros.

—Eres un hombre valiente —dijo Koolau con admiración—. Podría matarte como a una mosca.

—No, no podría —fue la respuesta.

—¿Por qué no?

—Porque eres un hombre, Koolau, aunque malo. Conozco tu historia. Matas con limpieza.

Koolau gruñó, pero en secreto se sintió satisfecho.

—¿Qué habéis hecho con mi gente? —preguntó—. El muchacho, las dos mujeres y el hombre.

—Se entregaron, como yo he venido ahora a pedirte a ti que hagas.

Koolau soltó una carcajada incrédula.

—Soy un hombre libre —declaró—. No he cometido ningún mal. Solo pido que me dejen en paz. He vivido libre, y moriré libre. Nunca me entregaré.

—Entonces tu gente es más sabia que tú —respondió el joven capitán—. Mira, ya vienen.

Koolau se volvió y vio acercarse los restos de su banda. Gimiendo y suspirando, una procesión fantasmal arrastraba su miseria al pasar. A Koolau le tocó saborear una amargura más profunda, pues le lanzaban imprecaciones e insultos al pasar; y la arpía jadeante que cerraba la marcha se detuvo y, con las garras de arpía esqueléticas extendidas, sacudiendo de un lado a otro la calavera que tenía por cabeza, le echó una maldición. Uno a uno fueron cayendo por el borde y rindiéndose a los soldados agazapados.

—Puedes irte ya —dijo Koolau al capitán—. Nunca me entregaré. Esa es mi última palabra. Adiós.

El capitán se deslizó por el acantilado hasta sus soldados. Al momento siguiente, y sin bandera de tregua, izó el sombrero en la vaina, y la bala de Koolau lo atravesó. Esa tarde lo bombardearon desde la playa, y al retroceder él hacia los altos recodos inaccesibles más allá, los soldados lo siguieron.

Durante seis semanas lo cazaron de recodo en recodo, por los picos volcánicos y los senderos de cabras. Cuando se ocultó en la jungla de lantana, formaron líneas de batidores, y a través de la jungla de lantana y la maleza de guayaba lo acorralaron como a un conejo. Pero siempre se volvía y escurría y eludía. No había manera de acorralarlo. Cuando lo presionaban demasiado de cerca, su rifle certero los contenía y se llevaban a sus heridos por los senderos de cabras hasta la playa. Hubo momentos en que ellos disparaban al ver su cuerpo moreno asomar un instante entre los matorrales. En una ocasión, cinco de ellos lo atraparon en un sendero de cabras expuesto entre dos recodos. Vacieron los rifles contra él mientras cojeaba y trepaba por su vertiginoso camino. Luego encontraron manchas de sangre y supieron que estaba herido. Al cabo de seis

semanas se dieron por vencidos. Los soldados y la policía regresaron a Honolulu, y el valle de Kalalau le fue dejado como propio, aunque de cuando en cuando algún cazador de recompensas se aventuraba tras él para su propia perdición.

Dos años después, y por última vez, Koolau se arrastró hasta una espesura y se tendió entre las hojas de ti y las flores de jengibre silvestre. Libre había vivido, y libre estaba muriendo. Comenzó a caer una fina llovizna y se arropó con una manta raída sobre el destrozo retorcido de sus miembros. El cuerpo lo tenía cubierto con un impermeable de hule. Sobre el pecho colocó su rifle Máuser, deteniéndose un instante con afecto para limpiar la humedad del cañón. La mano con que lo limpió ya no tenía dedos con que apretar el gatillo.

Cerró los ojos, pues, por la debilidad del cuerpo y el confuso tumulto en el cerebro, supo que el fin estaba cerca. Como un animal salvaje se había arrastrado hasta ocultarse para morir. Semiconsciente, sin rumbo y vagando, revivió su vida hasta la primera juventud en Niihau. A medida que la vida se desvanecía y el goteo de la lluvia se apagaba en sus oídos, le pareció que volvía a estar en pleno doma de caballos, con potros sin domar encabritándose y corcoveando bajo él, los estribos atados entre sí por debajo, o cargando enloquecidos por el corral de doma y haciendo saltar a los vaqueros ayudantes por encima de las vallas. Al instante siguiente, con aparente naturalidad, se encontró persiguiendo los toros salvajes de los pastos altos, laziéndolos y llevándolos a los valles. De nuevo el sudor y el polvo del corral de marcado le escocían en los ojos y le ardían en las fosas nasales.

Toda su juventud robusta e íntegra era suya, hasta que las punzadas agudas de la disolución inminente lo devolvieron a la realidad. Levantó las manos monstruosas y las contempló con asombro. ¿Pero cómo? ¿Por qué? ¿Por qué habría de cambiar la plenitud de esa juventud salvaje en esto? Entonces recordó, y una vez más, y por un momento, volvió a ser Koolau, el leproso. Los párpados le bajaron con cansancio y el goteo de la lluvia cesó en sus

oídos. Un temblor prolongado se apoderó de su cuerpo. También este cesó. Intentó levantar la cabeza a medias, pero volvió a caer. Entonces los ojos se le abrieron, y no se cerraron. Su último pensamiento fue para el Máuser, y lo apretó contra el pecho con las manos dobladas y sin dedos.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB